
María Teresa GRANADOS GALAINENA, *Cinco preguntas básicas para educar... y guía de respuestas e ideas-clave*, Madrid: Didaskalos («Pedagogía», 11), 2023, 209 pp., 15 x 21, ISBN 978-84-19431-11-0.

Escrita con un estilo ágil y atrayente, esta obra de María Teresa Granados, licenciada en Derecho y en Magisterio y madre de familia numerosa, con una amplia experiencia docente en escuelas de infantil y primaria, va dirigida a todos los públicos, con ese extraño arte de aportar tanto a los que están más introducidos en el campo de la pedagogía, como a los que se acercan por vez primera a estudios de esta índole.

La estructura del volumen es metódica y cristalina. Tras algunas bases aclaratorias e introductorias (pp. 13-24), desde una óptica cristiana, la autora trata de responder, e indudablemente lo logra con brillantez, a cinco cuestiones decisivas de la educación. En primer lugar, «¿Quién educa?» (pp. 25-58).

«¿Los abuelos, los profesores, aquellas a quienes los niños llaman *cuidadoras*, los amigos, los *influencers*...? ¿Quién educa realmente? Partiendo del amor hacia los hijos, ¿quién es el responsable de su educación? ¿Los padres? ¿Ellos solos?» (p. 25). La contestación que ofrece el libro se desarrolla en cuatro apartados. Educa, ante todo, la relación amorosa de los esposos. Si se quiere, por tanto, cuidar la formación de los hijos, hay que cuidar el matrimonio. Educa, en segundo lugar, la persona que tiene autoridad, en el sentido literal de la palabra latina *auctor*: el que hace crecer, el que me empuja más allá de mí mismo. En tercer lugar, afirma la profesora Granados, educa una «alianza» entre la escuela y la casa, entre los agentes educativos que intervienen en este proceso. Por último, se nos dice, la formación demanda, por parte del maestro y del padre, una «proactividad».

Con ello nos plantamos ante el segundo gran interrogante: «¿A quién se educa?» (pp. 59-96). «¿A un hijo virtual, a un modelo de niño, a un prototipo de hijo...? ¿A quién se educa? ¿A un niño cualquiera? ¿A un niño objeto? ¿A mi hijo en particular? ¿A quien ya es o a quien está llamado a ser?» (p. 59). La respuesta, de nuevo, se desglosa con acierto en cuatro apartados. En primer lugar, se habla de la necesidad de una «educación personalizada» (pp. 60-72). Es un tópico un poco manido que, sin embargo, es urgente repristinar: se educa a una persona, no a un prototipo, ni al hijo de mi deseo, ni una máquina de éxito. Con esto se pasa a otra importante puntualización en el siguiente apartado: la educación madura por etapas, que no podemos ni debemos quemar; la educación tiene sus fases. Es menester «dejar al niño ser niño» también (pp. 75-76). Será clave en este sentido además trabajar la autoestima, no como un mero cometido psicologizante, sino como un modo de ayudar al niño a saberse querido y acogido en el mundo, a saberse amado por unos padres, unos amigos, un entorno... En este marco la autora nos presenta otras necesidades que tienen que ver con el sujeto al que se educa y que atañen al juego, a las amistades o a la lectura, como lugares en los que se fortalece el sujeto educando.

El tercer gran interrogante al que Granados hace frente con especial hondura en este volumen es: «¿Cómo se educa?» (pp. 97-130). «¿Con amenazas, con castigos, con premios, con sobornos...? ¿Dejando a los hijos que hagan lo que les dé la gana y sin dar importancia a las normas? ¿A gritos? ¿Con ausencia total de libertad de forma que el hijo no pueda hacer casi nada? ¿Cómo se educa?» (p. 97). Somos conscientes de que estamos ante una pregunta medular y muy necesaria porque en el hodierno universo pedagógico, y lo percibimos cotidianamente, han aparecido muchos «modelos educativos»:

unos que dan gran relieve a la educación sentimental, otros que se vuelcan en lo intelectual, otros que hablan de las inteligencias múltiples, otros que se dirigen sobre todo al trabajo colaborativo, o incluso hay quien afirma que lo esencial es formar buenos ciudadanos. La estrategia educativa que propone Granados se basa en el ejemplo, la autoridad, la disciplina positiva y el saber mantener la calma. Es ineludible un proyecto educativo claro, que no tenga miedo de «ir contracorriente» (pp. 115-118). Es primordial una autoridad empática, que no lo cargue todo en la punición y el castigo. Es indispensable, en fin, un amor al hijo y al educando, que sepa manejar esos «cinco lenguajes» de los que habla la autora: toque físico, palabras de afirmación, tiempo de calidad, regalos, actos de servicio (pp. 125-127).

Viene así el cuarto interrogante: «¿Cuándo se educa?» (pp. 131-167). La respuesta obviamente es: en todo momento. No cesamos de ser educadores. También cuando estamos solos. Por eso la autora habla de la «educación incidental» y de la necesidad de una constante anticipación a las cuestiones y problemas. Una anticipación que anida en el interior del agente educador. Junto a ello es imprescindible entender la continuidad en el tiempo. No se educa a golpe de martillazos, sino, más bien, como hace el artesano, con mano tenaz, suave y al mismo tiempo diestra y firme.

La última pregunta que plantea esta monografía es quizás la más significativa: «¿Para qué se educa?» (pp. 169-206). Ciertamente, para «alcanzar la felicidad» (pp. 188-196). Pero este destino de la educación se puede entender de muchas formas. La felicidad no consiste en dar rienda suelta a los caprichos y veleidades del hijo o del alumno. Nada más lejos de la realidad. Esto sería consentir a los formandos, no educarlos. La felicidad es algo mejor. Nos llega cuando disfrutamos de una vida buena, de una vida virtuosa. Ella es acompañante natural de un beneficioso modo de vivir. Esto es lo que se ha de enseñar a los niños. La felicidad es una manera de transformar los deseos del alumno, no de satisfacerlos o complacerlos sin más. Por eso la finalidad de la educación requiere «llegar al corazón» del niño (pp. 179-188), cuidar su motor propio y, en fin, abrirle al encuentro con Dios. Y así es como termina el libro de la profesora Granados, con una apertura a Dios, a la contemplación, a la necesidad de cultivar en la educación esa amistad sin la cual cae por tierra todo intento educativo. Se abre aquí el camino también de la fe, de la oración, de la transformación interior que Dios lleva a cabo en el alma.

En definitiva, como se ve por esta breve presentación, estamos ante un estudio que examina con esmero argumentos de enorme interés. Nos halla-

mos ante un volumen de particular utilidad. Ante un repertorio de sugerencias que deleita por su incisividad, perspicacia y viveza. En él se subraya que el amor es siempre la clave educativa fundamental, exhortando a los padres a no tirar la toalla vencidos por el desaliento o la amargura, al tiempo que se recuerda a todos lo vital que es no asustarse ante los apuros, desasosiegos y zozobras que puedan surgir en el ejercicio de la misión formativa. Lo cual nos está indicando que los educadores no son francotiradores. No son genios de la autosuficiencia. Requieren apoyo y respaldo en su intrincada labor. Al respecto, la lectura atenta y reposada de estas páginas viene en auxilio de todos aquellos que anhelan acompañar a los niños y jóvenes con renovada ilusión y confianza, sin caer en crasos errores y no olvidando que la meta de la educación «no es ser perfecto sino llegar al corazón de nuestros hijos para que puedan descubrir quienes están llamados a ser» (p. 16).

La autora reitera que los fracasos no son excusa para bajar la guardia y dejar de intentar hacer mejor las cosas con los hijos, con los alumnos y formandos. Educar evidentemente no es sencillo. Es una empresa cargada de breves y contrariedades. Pero existen soluciones a los problemas, perspectivas de futuro, remedios y salidas luminosas que te dicen: vuelve a empezar. Todo ello es sustancial para que los educadores no caigan en el riesgo de perder la esperanza, de pensar que no serán capaces de cumplir las altas expectativas de un quehacer tan arduo como el formativo. En este sentido, la autora se alinea con el papa Benedicto XVI, que dedicó gran parte de su vida a la enseñanza. Unas reflexiones suyas, formuladas en un precioso mensaje dirigido a la Diócesis de Roma, no han perdido vigencia. Preocupado por los escollos y atolladeros existentes, el pontífice pedía a los padres de familia, a los profesores, a los sacerdotes y a todos los que tienen responsabilidades educativas directas que las afrontaran sin miedo, munidos de la fe en Cristo, que no nos abandona y cuyo amor nos alcanza donde estamos y como somos, con nuestras miserias y debilidades, para brindarnos una nueva posibilidad de bien, pero sobre todo para regalarnos grandes dosis de esperanza, virtud irremplazable para los docentes en la actual coyuntura. «Sólo una esperanza fiable puede ser el alma de la educación, como de toda la vida. Hoy nuestra esperanza se ve asechada desde muchas partes, y también nosotros, como los antiguos paganos, corremos el riesgo de convertirnos en hombres “sin esperanza y sin Dios en este mundo”, como escribió el apóstol san Pablo a los cristianos de Éfeso (Ef 2,12). Precisamente de aquí nace la dificultad tal vez más profunda para una verdadera obra educativa, pues en la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de con-

fianza en la vida. Por consiguiente, no puedo terminar esta carta sin una cordial invitación a poner nuestra esperanza en Dios. Sólo él es la esperanza que supera todas las decepciones; sólo su amor no puede ser destruido por la muerte; sólo su justicia y su misericordia pueden sanar las injusticias y recompensar los sufrimientos soportados. La esperanza que se dirige a Dios no es jamás una esperanza sólo para mí; al mismo tiempo, es siempre una esperanza para los demás: no nos aísla, sino que nos hace solidarios en el bien, nos estimula a educarnos recíprocamente en la verdad y en el amor» (BENEDICTO XVI, *Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*, 21 de enero de 2008).

En estos tiempos complejos y colmados de retos para el ámbito educativo, se agradece mucho contar con una monografía tan útil y enjundiosa como la de esta avezada docente. La reputamos sumamente recomendable, mientras felicitamos a la profesora Granados por el esfuerzo realizado en su elaboración y damos las gracias a la editorial *Didaskalos* por la oportuna publicación de la misma.

Fernando CHICA ARELLANO
Città del Vaticano
DOI 10.15581/006.55.3.749

BIBLIOGRAFÍA: RESEÑAS DE LIBROS

